

fórmidables con que se expían las felicidades ilícitas. Luciano tampoco fué á sentarse á su lado y se puso en el lado opuesto, dejando entre la condesa y él un espacio vacío; se apoyó en la barandilla del palco, colocando en ella su codo derecho y la barba en su mano enguantada; después se puso de lado, esperando una palabra. A la mitad del acto, la condesa no le había dicho aun nada ni le había mirado.

—No sé—le dijo—por qué está usted aquí; su sitio está en el palco de la señorita Ester.

—Me voy allá—dijo Luciano, que salió sin mirar á la condesa.

—¡Ah! querida—dijo la Val-Noble entrando en el palco de Ester acompañada de Peyrade, á quien el barón de Nucingen no reconoció,—tengo el gusto de presentarte al señor Samuel Johnson; es un admirador del talento del señor de Nucingen.

—¿De veras, señor?—dijo Ester á Peyrade sonriéndole.

—¡Oh! *yes, mocho*—dijo Peyrade.

—Mire, barón, ese es un francés que se parece al de usted como el bajo bretón se parece al borgoñés. Me divertirá mucho oírles hablar de negocios... ¿Sabe usted lo que le exijo, señor Nabab, para poder trabar conocimiento con mi barón?—le dijo sonriéndole.

—¡Oh! doy las gracias, usted presentarme al señor barón.

—Sí—repuso ella.—Es preciso que me haga el favor de cenar en mi casa. No hay cola más fuerte que la cera del vino de Champaña, para ligar á los hombres; sella todos los negocios, y sobre todo aquellos en los que uno se hunde. Venga usted esta noche, encontrará muy buenos muchachos. Y respecto á ti, mi querido Federico—le dijo al barón al oído,—tiene usted abajo su coche, corra á la calle Saint Georges, y tráigame á Europa, tengo que decirle dos palabras para la cena... He retenido á Luciano, nos llevará dos personas divertidas. Pondremos en evidencia al inglés—le dijo al oído á la señora de Val-Noble.

Peyrade y el barón dejaron solas á las dos mujeres.

—¡Ah! querida mía, si consigues poner en evidencia á ese gran infame, serás muy lista—dijo la Val-Noble.

—Si no fuera imposible, me lo prestarías por ocho días—respondió Ester riendo.

—No, no lo tendrías á tu lado ni medio día—replicó la señora de Val-Noble;—como un pan demasiado duro y mis

dientes se rompen con él. Yo no quiero, en lo que me queda de vida, encargarme de hacer la felicidad de ningún inglés. Todos son unos egoístas fríos, unos cerdos vestidos...

—¡Cómo! ¿no tiene miramientos?—dijo Ester sonriendo.

—Al contrario, querida mía, ese monstruo aun no me ha dicho *tu*.

—¿En ninguna situación?—dijo Ester.

—El miserable me llama siempre señora y guarda la mayor sangre fría del mundo en el momento en que todos los hombres son más ó menos gentiles. Mira, el amor es para él lo mismo que el afeitarse. Limpia las navajas, las coloca en el estuche, se mira en el espejo, y parece decirse: «No me he cortado». Después me trata con un respeto capaz de volverme loca. Ese infame milord no se divierte más que en hacer esconderse á ese pobre Teodoro, y en dejarle de pie en mi gabinete durante medio día. En fin, estudia contrariarme en todo. Y es avaro... como Gobseck y Gibonnet juntos. Me lleva á comer, y no paga el coche que me conduce á casa, si por casualidad no he pedido el mío.

—Bueno—dijo Ester,—¿y qué te da por ese servicio?

—Absolutamente nada, querida mía. Quinientos francos pelados al mes, y me paga la cochera. Pero, querida mía, eso ¿qué es?... un coche como los que alquilan á los horteras el día de su matrimonio para ir á la alcaldía, á la iglesia y al Cadran-Bleu... Me pone furiosa con su respeto. Si intento tener malos los nervios y estar indispuesta, no se enfada, y me dice: «Yo querer que miladi hacer todo lo que querer, porque nada ser más detestable—no gentlemen—como decir á una mujercita: Usted ser una bala de algodón, una mercancia!... ¡Eh! jeh! está usted con un miembro de la sociedad de templanza, and anti-slavery.» Y mi hombre permanece pálido, seco, frío, haciéndome comprender de ese modo que siente el mismo respeto por mí como el que sentiría por un negro, y que eso no le importa á su corazón, sino á sus opiniones de abolicionista.

—Es imposible ser más infame—dijo Ester;—pero ¿le arruinarás á ese chino?

—¿Arruinarle?—dijo la señora de Val-Noble—¿sería preciso que me amara! Pero tú misma no le pedirías dos céntimos. Te escucharía gravemente, y te diría, con esas formas británicas que hacen encontrar los *zarpas* amables, que te

paga bastante cara «por lo poco que es el amor en tu pobre existencia».

—¡Y decir que en nuestro estado se encuentran hombres como ese!—exclamó Ester.

—¡Ah! querida, tú has tenido suerte... cuida bien á tu Nucingen.

—¡Pero lleva alguna idea tu nabab?

—Eso es lo que me ha dicho Adela—respondió la señora de Val-Noble.

—Mira, ese hombre habrá tomado el partido de hacerse odiar de una mujer, y hacer que le despidan en tanto tiempo—dijo Ester.

—O bien quiere hacer algún negocio con Nucingen, y me habrá tomado al saber que somos amigas; es lo que cree Adela—respondió la señora de Val-Noble.—Por eso te lo presento esta noche. ¡Ah! si estuviese segura de sus proyectos, con qué gusto me entendería contigo y con Nucingen.

—No te enfades—le dijo Ester;—acaríciala de cuando en cuando.

—Si tú lo intentases, y eso que eres muy lista... mira, á pesar de tu hermosura, te mataría con sus sonrisas heladas, y te contestaría: «Yo ser anti-slavery, y usted ser libre...» Le dirías las cosas más extravagantes, y te miraría diciéndote: «Very good!» y te apercibirías de que no eres á sus ojos más que un polichinela.

—¡Y la ira?

—Lo mismo. Eso sería una diversión para él. Pueden operarle á la izquierda, en el pecho, que no le harán el menor daño; sus vísceras deben ser de acero. Se lo he dicho, y me ha contestado: «Yo estar muy contento de esta disposición física...» Y siempre cortés. Querida mía, tiene el alma enguantada... Sufiré aun por unos días este martirio para satisfacer mi curiosidad. A no ser por eso, ya le hubiera dicho que le abofetease á Felipe, que no tiene igual á espada: sólo eso...

—¡Iba á decírtelo!—exclamó Ester—pero antes deberías averiguar si sabe boxear, pues esos viejos ingleses, querida mía, tienen un fondo de malicia.

—¡Ese no tiene rival! No; si le vieses pidiéndome órdenes, á qué hora puede presentarse, para venir á sorprenderme (¡bien entendido!) y desplegando las fórmulas del respeto de los *gentlemen*, dirías: «He ahí una mujer ado-

rada». Y no hay ninguna mujer que pudiese decir otro tanto...

—¡Y nos envidian, querida mía!—dijo Ester.

—¡Ah! bueno—exclamó la Val-Noble.—Todas hemos probado más ó menos, en nuestra vida, el poco caso que hacen de nosotras; pero, querida mía, nunca he sido tan cruel, tan profunda y tan completamente despreciada por la brutalidad como lo soy por ese gran pellejo lleno de Oporto. Cuando está borracho, se va «para no ser desagradable», le dice á Adela, y para no estar entre dos «poderes»: la mujer y el vino. Abusa de mi coche, se sirve de él más que yo. ¡Oh! si pudiésemos hacerle rodar esta noche debajo de la mesa... pero se bebe diez botellas y no se emborracha: tiene el ojo turbio y ve claro.

—Es como esas personas cuyas ventanas están sucias exteriormente—dijo Ester,—y que desde dentro ven lo que sucede fuera... Conozco esa propiedad del hombre: Tillet tiene esa cualidad en grado superlativo.

—Procura que venga Tillet; y entre él y Nucingen, si pudiesen cogerle en alguna de sus combinaciones, al menos me vería vengada... ¡le reducirían á la miseria! ¡Ah! querida mía, ¡caer en manos de un hipócrita protestante, después de ese pobre Falleix, que era tan gracioso, tan buen muchacho, tan alegre!... ¡Cuánto nos hemos reído!... Dicen que todos los agentes de cambio son estúpidos... Pues bien, á ese sólo le faltó ingenio una vez...

—Cuando te dejó sin un céntimo; esto es lo que te ha hecho conocer los disgustos del placer.

Europa, conducida por el barón, sacó su viperina cabeza por la puerta, y después de haber oído algunas frases que le dijo su señora al oído, desapareció.

A las once y media de la noche, cinco carruajes estaban detenidos en la calle Saint-Georges á la puerta de la ilustre cortesana: el de Luciano, que fué con Rastiñac, Blondet y Bixiou; el de Tillet, el de Nucingen, el del nabab y el de Florina. El triple cercado de las ventanas estaba disimulado con los pliegues de las magníficas cortinas de la China. La cena debía ser servida á la una, las bujías ardían y el saloncito y el comedor desplegaban sus suntuosidades. Se prometieron una de esas noches de libertinaje que sólo podían resistir aquellas tres mujeres y aquellos hombres. Primero se jugó, pues era preciso esperar hasta las dos.

—¡Juega usted, milord?—dijo Tillet á Peyrade.
 —Yo jugar con O'Connell, Pitt, Fox, Canning, lord Brougham, lord...
 —Diga una infinidad de lores—le dijo Bixiou.
 —Lord Fitz-William, lord Ellenborough, lord Hertford, lord...

Bixiou miró los zapatos de Peyrade y se agachó.

—¿Qué buscas?—le dijo Blondet.

—¡Pardiez! el resorte que es preciso tocar para detener la máquina—dijo Florina.

—¡Juega usted á veinte francos la ficha?—dijo Luciano.

—Yo jugar todo lo que ustedes perder...

—¡Qué listo es!—dijo Ester á Luciano—todos le toman por inglés.

Tillet, Nucingen, Peyrade y Rastignac se sentaron ante una mesa de whist. Florina, la señora de Val-Noble, Ester, Blondet y Bixiou se quedaron en torno del fuego hablando. Luciano pasó el tiempo hojeando un magnífico libro de grabados.

—La señora está servida—dijo Paccard vestido con una magnífica librea.

Peyrade fué colocado á la izquierda de Florina, y flanqueado por Bixiou, á quien Ester había recomendado que hiciese beber mucho al nabab desafiándole. Bixiou poseía la propiedad de beber indefinidamente. Nunca, en su vida, había visto Peyrade semejante esplendor, ni probado semejante cocina, ni visto mujeres tan bonitas.

—Sólo esta noche vale los mil escudos que me cuesta la Val-Noble—pensó,—y además, acabo de ganarles mil francos.

—Ahí tiene un ejemplo que imitar—le gritó la señora de Val-Noble, que se encontraba al lado de Luciano, y que mostró, con un gesto, las magnificencias del comedor.

Ester había colocado á Luciano á su lado y tenía un pie de él entre los suyos, debajo de la mesa.

—¿Oye usted?—le dijo la Val-Noble mirando á Peyrade, que se hacía el tonto—¡así debía usted arreglarme mi casa! Cuando se viene de las Indias con millones y se quiere tener negocios con los Nucingen, hay que ponerse al nivel de ellos.

—Yo ser de la sociedad de templanza.

—Entonces va usted á beber mucho—dijo Bixiou,—pues las Indias son muy cálidas, tío mío.

La broma de Bixiou durante la cena fué tratar á Peyrade como á un tío suyo venido de las Indias.

—La *señora* de Val-Noble me ha dicho que tenía usted intenciones...—preguntó Nucingen examinando á Peyrade.

—Eso es lo que quería oír—dijo Tillet á Rastignac,—las dos jergas juntas.

—Ya verá usted cómo acabarán por entenderse—dijo Bixiou, que adivinó lo que Tillet acababa de decir á Rastignac.

—Señor barón, yo concebir una gran especulación, ¡oh! muy segura... muy aprovechable, y rica en beneficios...

—Ya verá usted—dijo Blondet á Tillet—cómo no hablará un minuto sin llegar al parlamento y al gobierno inglés.

—Yo referir á China... el opio...

—Sí, conozco eso—dijo al instante Nucingen, como hombre que poseía su globo comercial;—*pego el gobiengo inglés* ha encontrado un medio de acción del opio *paga abrig* la China, y no nos *pegmitigula*...

—Nucingen se le ha adelantado acerca del gobierno—dijo Tillet á Blondet.

—¡Ah! ¡ha hecho usted el comercio del opio?—exclamó la señora de Val-Noble—ahora comprendo por qué es usted tan parado, le ha quedado algo en el corazón...

—*Migue*—dijo el barón al susodicho negociante de opio, señalándole á la señora de Val-Noble,—á usted le sucede como á mí: los *millonaguios* no pueden *hacegse amag* nunca de las *mujegues*.

—Yo amar mocho y frecuente á señoras—respondió Peyrade.

—Siempre á causa de la templanza—dijo Bixiou, que acababa de servir á Peyrade la tercera botella de vino de Burdeos, y que le hizo empezar una botella de vino de Oporto.

—¡Oh!—exclamó Peyrade—y el vino de Portugal y el de Inglaterra.

Blondet, Tillet y Bixiou cambiaron una sonrisa; Peyrade tenía el poder de disfrazarlo todo en él, hasta el ingenio. Hay pocos ingleses que no sostengan que el oro y la plata son mejores en Inglaterra que en cualquiera otra parte. Las gallinas y los huevos que salen de Normandía para el mercado de Londres autorizan á los ingleses para sostener que

las gallinas y los huevos de Londres son superiores (*very fines*) á los de París que llegan de los mismos países. Ester y Luciano quedaron estupefactos ante aquella perfección de costumbres, de lengua y de audacia. Se bebía, se comía tanto y tan bien al mismo tiempo que hablaban y reían, que la comida duró hasta las cuatro de la mañana. Bixiou creyó haber conseguido una de esas victorias tan graciosamente contados por Brillat-Savarin; pero en el momento en que se decía, ofreciendo de beber á su tío: «He vencido á Inglaterra», Peyrade respondió á aquel atroz burlón con un «¡Siempre, muchacho!» que sólo fué oído por Bixiou.

—¡Eh! ¡es inglés como yo! ¡Mi tío es un gascón! ¡no podía tener otro contrincante!

Bixiou se encontraba solo con Peyrade, así es que nadie oyó aquella revelación. Peyrade cayó de su silla al suelo. Acto continuo Paccard se apoderó de Peyrade y lo subió á una buhardilla, donde se durmió con profundo sueño. A las seis, el nabab se sintió despertado por la aplicación de un paño mojado sobre la cara, y se encontró en un mal catre de tijera, frente á frente de Asia, disfrazada con un dominó negro.

—¡Hola! papá Peyrade, contemos dos—le dijo.

—¿Dónde estoy?—dijo Peyrade, mirando en torno suyo.

—Escúcheme, esto le despejará—respondió Asia.—Si no ama usted á la señora de Val-Noble, ama usted á su hija, ¿verdad?

—¿Mi hija?—exclamó Peyrade enrojeciéndose.

—¡Sí! la señorita Lidia...

—¿Y qué?

—Que ya no está en la calle de los Moineaux; la han robado.

Peyrade soltó un suspiro, semejante al de los soldados que mueren de una herida en el campo de batalla.

—Mientras usted se fingía inglés, otro se fingía Peyrade. Su pequeña Lidia ha creído seguir á su padre; está en sitio seguro... ¡oh! ¡no la encontrará usted nunca! á menos que repare usted el mal que ha hecho.

—¿Qué mal?

—Ayer negaron la entrada en casa del duque de Grandlieu al señor Luciano de Rubempré. Ese resultado es debido á tus intrigas y al hombre que nos has puesto detrás de nosotros. Ni una palabra. Escucha—dijo Asia al ver que

Peyrade abría la boca.—No tendrás á tu hija, pura y sin mancha, hasta el día en que el señor Luciano de Rubempré salga de Santo Tomás de Aquino casado con la señorita Clotilde. Si dentro de diez días Luciano de Rubempré no es recibido, como antes, en casa de los señores de Grandlieu, primero morirás tú de muerte violenta, sin que nada pueda librarte del golpe que te amenaza... Después, cuando estés herido, te dejarán tiempo, antes de morir, para que digas: «¡Mi hija es una prostituta para el resto de sus días!...» Aunque has sido bastante estúpido para dejar esa presa en nuestras manos, te queda aún la inteligencia suficiente para meditar sobre esta comunicación de nuestro gobierno. No grites, no digas una palabra, vete á cambiar de vestido á casa de Contensón, vuelve á tu casa, y Katt te dirá que, á una palabra tuya, Lidia ha bajado y no ha vuelto á subir. Si te quejas, si das un paso, empezarán por donde te he dicho y acabarán por tu hija. Con el padre Canquille no es preciso hacer frases ni tomar precauciones... ¿verdad?... Baja, y piensa en no mezclarte más en nuestros asuntos.

Asia dejó á Peyrade en un estado que causaba lástima; cada palabra fué un golpe de maza. El espía tenía dos lágrimas en los ojos y otras dos al final de sus mejillas, reunidas por dos regueros húmedos.

—Esperan al señor Johnson para comer—dijo Europa sacando la cabeza un momento después.

Peyrade no contestó; bajó, vagó por las calles hasta llegar á una parada de coches, y corrió á desnudarse á casa de Contensón, á quien no dijo ni una palabra; se vistió como acostumbraba, y á las ocho estuvo en su casa. Subió las escaleras con el corazón palpitante. Cuando la flamenca oyó á su amo, le dijo tan ingenuamente: «¿Y la señorita? ¿dónde está?» que el viejo espía se vió obligado á apoyarse. El golpe excedió á sus fuerzas. Entró en la habitación de su hija y acabó por desmayarse allí de dolor al no encontrarla y al escuchar el relato de Katt, que le contó las circunstancias de un raptó tan hábilmente combinado como si lo hubiese inventado él mismo.

—Vamos—se dijo,—es preciso ceder, me vengaré más tarde, vamos á casa de Corentín. Esta es la primera vez que encontramos adversarios. Corentín dejará á ese hermoso muchacho dueño de casarse con una emperatriz, si quiere... ¡Ah! comprendo que mi hija le haya amado al verle por pri-

mera vez... ¡Oh! el sacerdote español es entendido... ¡Valor, papá Peyrade, degüella á tu fiera!

El pobre padre no sospechaba el horrible golpe que le esperaba.

Llegado á casa de Corentín, Bruno, el criado de confianza que conocía Peyrade, le dijo:

—El señor ha partido.

—¿Por mucho tiempo?

—Por diez días.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡me vuelvo estúpido! ¿pregunto adónde como si nosotros lo dijésemos—pensó.

Dos horas antes del momento en que Peyrade era despertado en su buhardilla de la calle Saint Georges, Corentín, llegado de su campaña de Passy, se presentaba en casa del duque de Grandlieu, con el vestido de lacayo de buena casa. En un ojal de su levita negra se veía la cinta de la Legión de honor. Se había hecho una carita de anciano de cabellos empolvados, muy arrugada, lívida. Sus ojos estaban velados por unas gafas de concha. En fin, tenía el aspecto de un antiguo jefe de negociado. Cuando hubo dicho su nombre (el señor de Saint-Denis), fué conducido al despacho del duque de Grandlieu, donde encontró á Derville, leyendo la carta que había dictado él mismo á uno de sus agentes, el encargado de escribir. El duque llevó aparte á Corentín para explicarle todo lo que sabía Corentín. El señor de Saint-Denis escuchó fría y respetuosamente, divirtiéndose en estudiar á aquel gran señor, en penetrar hasta su tuétano, en sacar á luz aquella vida, entonces y para siempre ocupada del whist, y de la consideración de la casa de Grandlieu. Los grandes señores son tan cándidos con sus inferiores, que Corentín no tuvo que dirigir humildemente muchas preguntas al señor de Grandlieu para hacer brotar impertinencias.

—Si me quiere usted creer, señor—dijo Corentín á Derville, después de haber sido convenientemente presentado al procurador,—partiremos esta misma noche en la diligencia de Burdeos, que va tan á prisa como la posta, y no tendremos que permanecer más de seis horas para obtener los informes que quiere el señor duque. ¿No basta, si he comprendido bien á Vuestra Señoría, con saber si la hermana y el

cuñado del señor de Rubempré han podido prestarle un millón doscientos mil francos?...—dijo mirando al duque.

—Perfectamente comprendido—respondió el par de Francia.

—Podremos estar de vuelta dentro de cuatro días—repuso Corentín mirando á Derville,—y de este modo, no tendremos que dejar nuestros negocios por un lapso de tiempo que podría perjudicarlos.

—Es la única objeción que quería hacer á Su Señoría—dijo Derville.—Son las cuatro, voy á decir dos palabras á mi primer pasante y á hacer la maleta, y, después de haber comido, estaré á las ocho... ¿Pero tendremos sitio?—le dijo al señor de Saint-Denis interrumpiéndose.

—Respondo de ello—dijo Corentín;—esté usted á las ocho en el patio de las Mensajerías del Grand-Bureau. Si no hay sitio, haré que lo hagan, pues así es como se ha de servir al señor duque de Grandlieu.

—Señores—dijo el duque con gracia infinita,—aun no les doy las gracias...

Corentín y el procurador, que tomaron aquellas palabras por una frase de despido, saludaron y salieron. En el momento en que Peyrade interrogaba al criado de Corentín, el señor de Saint-Denis y Derville, colocados en el imperial de la diligencia de Burdeos, se observaban en silencio á la salida de París. Al día siguiente por la mañana, de Orleans á Tours, Derville, aburrido, se volvió hablador, y Corentín se dignó divertirse, guardando las distancias; le hizo creer que pertenecía á la diplomacia, y que esperaba ser cónsul con la protección del duque. Dos días después de su salida de París, Corentín y Derville se detenían en Mansle, con gran asombro del procurador, que creía que iban á Angulema.

—En ese pueblecito tendremos informes seguros de la señora Sechard—dijo Corentín á Derville.

—¿La conoce usted, pues?—preguntó Derville, sorprendido de encontrar á Corentín tan bien instruido.

—Le he hecho hablar al conductor al apercíbirme de que era de Angulema; me ha dicho que la señora Sechard vive en Marsac, y que este pueblo sólo está á una legua de Mansle. He pensado que estaríamos mejor instalados aquí que en Angulema para saber la verdad.

—Después de todo—pensó Derville,—yo sólo soy, como

ha dicho el señor duque, el testigo de las averiguaciones que haga este hombre de confianza.

La posada de Mansle, llamada la *Bella Estrella*, tenía por dueño uno de esos hombres altos y gordos, que uno tiene miedo de encontrar á la vuelta, y que están aún, diez años después, en el umbral de su puerta, con la misma cantidad de carne, el mismo gorro de algodón, el mismo delantal, el mismo cuchillo, los mismos cabellos espesos, la misma sota-barba, y que parecen estereotipados en todos los novelistas, desde el inmortal Cervantes hasta el inmortal Walter Scott. ¿No están todos llenos de pretensiones culinarias, no tienen de todo que servirlos, y no acaban todos por daros un pollo tísico y legumbres aderezadas con manteca rancia? Todos os alaban sus vinos finos, y os obligan á consumir el vino del país. Pero, desde su juventud, Corentín había aprendido á sacar á un posadero cosas más esenciales que platos dudosos y vinos apócrifos. Por eso se hizo pasar por un hombre fácil de contentar, y que se entregaba absolutamente á la discreción del mejor cocinero del Mansle, le dijo á aquel hombre.

—No tengo que tomarme la molestia de ser el mejor; soy el único—respondió el posadero.

—Sirvanos en la habitación de al lado—dijo Corentín, guiñando un ojo á Derville,—y sobre todo no tema poner leña en la chimenea, se trata de desembarazarnos de la *helada*.

—No hacía calor en el imperial—dijo Derville.

—¿Hay mucho de aquí á Marsac?—le preguntó Corentín á la posadera, que bajó de las regiones superiores al saber que la diligencia había desembarcado en su casa viajeros para dormir.

—Señor, ¿ya usted á Marsac?—le preguntó la posadera.

—No lo sé—le respondió secamente.—¿Es considerable la distancia de aquí á Marsac?—volvió á preguntarle Corentín después de haber dejado tiempo á la posadera de que viera su cinta roja.

—En cabriolé es asunto de media hora escasa—dijo la posadera.

—¿Cree usted que el señor y la señora Sechard estén en él por el invierno?

—Sin duda, pasan en él todo el año.

—Son las cinco; ¿les encontraremos levantados á las nueve?

—¡Oh! hasta las diez tienen gente todas las noches, el cura, el señor Marrón, el médico.

—¿Son buena gente?—dijo Derville.

—¡Oh! señor, la crema—respondió la posadera,—gentes rectas, honradas y nada ambiciosas, ¡vaya! El señor Sechard, aunque está en posición desahogada, hubiera tenido millones, según dice, si no se hubiera dejado despojar de un invento que ha encontrado en la papelería, y del que se aprovechan los hermanos Cointet.

—¡Ah! sí, ¡los hermanos Cointet!—dijo Corentín.

—¿Quieres callarte?—dijo el posadero.—¿Qué les importa á estos señores que el señor Sechard tenga ó no derecho á un privilegio de invención para hacer papel? Estos señores no son comerciantes en papel. Si cuentan ustedes pasar la noche en mi casa, en la *Bella Estrella*—dijo el posadero dirigiéndose á los dos viajeros,—aquí tienen el libro, en el que les ruego se inscriban. Tenemos un brigadier que no tiene nada que hacer y que pasa el tiempo molestándonos.

—¡Diablo! ¡diablo! yo creía que los Sechard eran muy ricos—dijo Corentín mientras Derville escribía su nombre y su calidad de procurador del tribunal de primera instancia del Sena.

—Hay quien les dice millonarios—respondió el posadero;—pero querer impedir que las lenguas hablen, es intentar que el río deje de seguir su curso. El padre Sechard ha dejado doscientos mil francos de bienes al sol, según dicen, y esto es bastante hermoso para un hombre que empezó por ser obrero. Pues bien, tal vez tenía otro tanto de economías... porque acabó por sacar diez ó doce mil francos de sus bienes. Así pues, suponiendo que haya sido bastante estúpido para no colocar su dinero durante diez años, es la cuenta. Pero ponga trescientos mil francos, si ha ejercido la usura, como se sospecha, y ya está todo. Quinientos mil francos están muy lejos de ser un millón. No pediría otra fortuna que la diferencia, y no estaría en la *Bella Estrella*.

—¿Cómo!—dijo Corentín—¿el señor David Sechard y su mujer no tienen dos ó tres millones de fortuna?...

—Eso es todo lo que suponen á los hermanos Cointet, que le han despojado de su privilegio de invención, y no ha conseguido de ellos más de veinte mil francos—exclamó la posadera.—¿De dónde quiere usted que hayan cogido millones esas gentes? Estaban bastante apurados en vida de su

padre. Sin Kolb, el administrador, y la señora Kolb, que les es tan adicta como su marido, hubiesen tenido trabajo para vivir. ¿Qué tenían, pues, con La Verberie?... mil escudos de renta...

Corentin llevó aparte á Derville y le dijo:

—*In vino veritas!* la verdad se encuentra en las tabernas; por mi parte, yo considero una posada como el verdadero estado civil de un país; el notario no está más instruido que el posadero de todo lo que pasa en un pueblecillo... Mire usted, nos vemos obligados á conocer á los Cointet, á los Kolb, etc... Un posadero es el repertorio viviente de todos los aventureros, ejerce de policía sin saberlo. Un gobierno debe sostener todo lo más doscientos espías, pues en un país como Francia hay diez millones de espías honrados. Pero no estamos obligados á fiarnos de esos infames, aunque ya sabrán algo en este pueblecito del millón doscientos mil francos desaparecidos para pagar la tierra de Rubempré... No estaremos aquí mucho tiempo.

—Así lo espero—dijo Derville.

—He aquí por qué—repuso Corentin.—He encontrado el medio más natural para hacer salir la verdad de boca de los esposos Sechard. Cuento con usted para que apoye con su autoridad de procurador la treta de que me serviré para que nos den una cuenta clara y limpia de su fortuna. Después de comer, saldremos para ir á casa de los señores Sechard—dijo Corentin á la posadera;—cuidará usted de prepararnos camas, queremos dormir cada uno en nuestro cuarto. En la Bella Estrella debe haber sitio.

—¡Oh! señor—dijo la mujer,—encontramos el rólulo.

—¡Oh! el equívoco existe en todos los departamentos

—dijo Corentin,—no tienen ustedes el monopolio.

—Ya están servidos, señores—dijo el posadero.

—¿Y de dónde diablo habrá sacado ese dinero ese joven? ¿Tendrá razón el anónimo? ¿será dinero de una hermosa joven?—dijo Derville á Corentin sentándose á la mesa.

—¡Ah! eso será objeto de otra investigación—respondió Corentin.—El señor duque de Grandlieu me ha dicho que Luciano de Rubempré vive con una judía convertida, que se hacía pasar por holandesa, llamada Ester Van-Bogseck.

—¡Qué singular coincidencia!—dijo el procurador—yo busco á la heredera de un holandés llamado Gobseck; es el mismo nombre con un cambio de consonantes.

—Bueno—dijo Corentin,—yo le obtendré informes acerca de la filiación á mi vuelta á París.

Una hora después, los dos encargados de negocios de la casa de Grandlieu partían para La Verberie, casa del señor y de la señora Sechard. Jamás experimentó Luciano emociones tan profundas como los que sintió en La Verbeire al comparar su destino con el de su cuñado. Los dos parisien- ses iban á encontrar allí el mismo espectáculo que, algunos días antes, había llamado la atención de Luciano. Allí todo respiraba calma y abundancia. A la hora en que los viajeros debían llegar, el salón de La Verberie estaba ocupado por una sociedad de cinco personas: el cura de Marsac, joven sacerdote de veinticinco años, que se había hecho, á ruegos de la señora Sechard, preceptor de su hijo Luciano; el médico del país, llamado Marron; el alcalde de la comarca, y un viejo coronel retirado del servicio, que cultivaba las rosas en una pequeña propiedad situada enfrente de La Verberie, al otro lado de la carretera. Todas las noches de invierno, aquellas personas iban á hacer un inocente boston á céntimo la ficha, á leer los periódicos ó á devolver los que ya habían leído. Cuando los señores Sechard compraron La Verberie, hermosa casa construída con toba y cubierta de pizarra, sus dependencias de recreo consistían en un jardinito de dos fanegas. Con el tiempo, consagrando á él sus economías, la hermosa señora Sechard había extendido su jardín hasta un riachuelo, sacrificando los viñedos que compraba y convirtiéndolos en musgo y en bosquecillos. En aquel momento, La Verberie, rodeada de un parque de unas veinte fanegas, y cercada, pasaba por la propiedad más importante del país. La casa del difunto Sechard y sus dependencias no servían más que para la explotación de veintitantas fanegas de viñedo dejadas por él, además de cinco casas que producían unos seis mil francos, y diez fanegas de prados, situados al otro lado del río, precisamente enfrente del parque de La Verberie; por eso la señora Sechard contaba unirlos á él el año siguiente. Ya daban en el país á La Verberie el nombre de castillo, y llamaban á Eva Sechard la señora de Marsac. Satisfaciendo su vanidad, Luciano no había hecho más que imitar á los aldeanos y á los viñeros. Courtois, propietario de un molino situado pintorescamente á algunos tiros de fusil de los prados de La Verberie, estaba en tratos, según decían, para vender aquel molino á la señora Sechard.

Aquella adquisición probable iba á acabar de dar á La Verberie el aspecto de una tierra de primer orden en el departamento. La señora Sechard, que hacía mucho bien con tanto discernimiento como grandeza, era tan estimada como amada. Su belleza, que se había hecho magnífica, llegaba entonces á su mayor desarrollo. Aunque tenía veintiséis años de edad, conservaba la frescura de la juventud gozando del reposo y de la abundancia que proporciona la vida del campo. Siempre enamorada de su marido, respetaba en él al hombre de talento bastante modesto para renunciar al ruido de la gloria; finalmente, para pintarla, basta tal vez con decir que, en toda su vida, no contaba un solo latido de su corazón que no fuese inspirado por sus hijos ó por su marido. El impuesto que aquel hogar pagaba á la desgracia, se adivina: era la profunda pena que causaba la vida de Luciano, en la cual Eva Sechard presentía misterios y los temía tanto más cuanto que, en su última visita, Luciano cortaba secamente cada interrogación de su hermana, diciéndole que los ambiciosos no debían dar cuenta de sus acciones más que á ellos mismos. En seis años, Luciano había visto á su hermana tres veces, y no le había escrito más de seis cartas. Su primera visita á La Verberie tuvo lugar cuando la muerte de su madre, y la última tuvo por objeto pedir el pequeño servicio de aquella mentira tan necesaria á su política. Esto fué objeto de una escena bastante grave entre el señor Sechard, la señora Sechard y su hermano, que les dejó unas dudas horribles.

El interior de la casa, transformado tan bien como el exterior, sin presentar lujo, estaba muy decente. Puede juzgarse con una mirada rápida dirigida al salón donde estaban en aquel momento todas las personas. Una bonita alfombra de Aubusson, cortinajes cruzados de algodón gris adornados de galones de seda verde, pinturas imitando madera de Spa, un mueble de ébano esculpido y guarnecido de casimir gris con pasamanerías verdes, jardineras llenas de flores, á pesar de la estación, ofrecían un conjunto grato á la mirada. Las cortinas de las ventanas, de seda verde, el adorno de la chimenea, los marcos de los espejos estaban exentos de ese falso gusto que lo estropea todo en provincias. En fin, los menores detalles elegantes y limpios, todo tranquilizaba el alma y las miradas por la especie de poesía que una mujer amante é inteligente puede y debe introducir en su hogar.

La señora Sechard, que aun llevaba luto por su padre, trabajaba en un rincón de la chimenea en una labor de tapicería, ayudada por la señora Kolb, la mujer de confianza en la que fiaba todos los detalles de la casa. En el momento en que el cabriolé llegaba á las primeras casas de Marsac, la compañía habitual de La Verberie se aumentó con Courtois, el colono viudo, que quería retirarse de los negocios y que esperaba vender su propiedad á la cual parecía tenerle cariño la señora Eva, y Courtois sabía por qué.

—¡Se detiene un cabriolé aquí!—dijo Courtois oyendo en la puerta un ruido de coche—y, por el hierro viejo puede uno presumir que es del país.

—Serán, sin duda, Postel y su mujer, que vendrán á vernos—dijo el médico.

—No—dijo Courtois,—el cabriolé viene del lado de Mansle.

—Señoga—dijo Kolb (un alsaciano alto y gordo),—un *procugadog* de *Paguis* desea *hablag* con el *señog*.

—¡Un procurador!—exclamó Sechard—esa palabra me produce cólico.

—Gracias—dijo el alcalde de Marsac, nombrado Cachán, procurador durante veinte años en Angulema y que antaño había estado encargado de perseguir á Sechard.

—Mi pobre David no cambiará nunca, siempre será traído—dijo Eva sonriendo.

—Un procurador de París—dijo Courtois;—¿tienen ustedes negocios en París?

—No—respondió Eva.

—Tiene usted un hermano—dijo Courtois sonriendo.

—¡Cuidado no sea á causa de la sucesión del padre Sechard!—dijo Cachán.—El buen hombre hizo negocios dudosos...

Al entrar, Corentín y Derville, después de haber saludado á la concurrencia y dicho sus nombres, pidieron hablar particularmente con la señora Sechard y su marido.

—Con mucho gusto—dijo Sechard.—Pero ¿es para negocios?

—Únicamente por la herencia de su señor padre—respondió Corentín.

—Permitan entonces que el señor alcalde, que es un antiguo procurador de Angulema, asista á la conferencia.